

A este respecto a lo largo de la historia de la filosofía, habría habido otras propuestas que concibieron las matemáticas como una filosofía primera, al modo de Ptolomeo. Especialmente con posterioridad a Copérnico, Descartes y Galileo, a raíz del debate sobre el geocentrismo.

En este contexto Descartes habría seguido concibiendo las matemáticas como un simple saber científico particular que solo abarca lo claro y distinto. No habría concebido la matemática como una forma de vida propia del sabio, que también debe tratar de abarcar lo que inicialmente se presenta como confuso y oscuro, aunque después trate de encontrarle su específica racionalidad. En cambio, otros autores escolásticos de esta misma época no habrían aceptado este tipo de restricciones cartesianas, pero también aristotélicas. Especialmente Sebastián Izquierdo que en su *Farus Scientiarum* (1659) habría aceptado la físico-matemática de Galileo, pero habría seguido concibiendo las matemáticas como un modo de vida capaz de proponer un cálculo modal relativo a lo ambiguo y confuso, sin aceptar las restricciones metodológicas cartesianas y aristotélicas a este respecto (cf. ORTIZ DE LANDÁZURI (2018); El cálculo modal combinatorio de la borrosidad en Izquierdo. El *Pharus Scientiarum* frente a la claridad y distinción de *Las reglas físico-matemáticas cartesianas*". En: E. Alarcón; A. Echavarría; M. Garcí-Valdecasas y R. Pereda (eds.) *Opere et veritate. Libro homenaje al profesor Ángel Luis González*, Pamplona, Eunsa, 585-598). En cualquier caso, Feke otorga a las matemáticas de Ptolomeo una profunda coherencia programática, a pesar de su carácter subversivo, aunque hoy día algunas de sus aplicaciones posteriores habrían quedado totalmente refutadas.

Carlos Ortiz de Landázuri
cortiz@unav.es

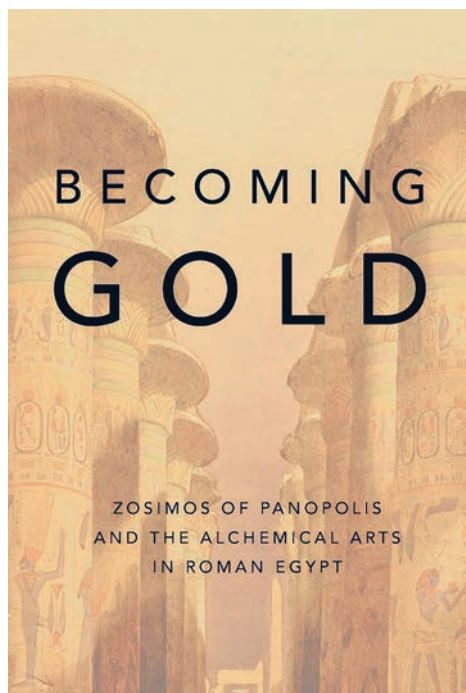
Becoming Gold. Zosimos of Panopolis and the alchemical arts in Roman Egypt

SHANNON GRIMES

Auckland, Rubedo Press, 2018, 288 pp.

ISBN: 978-0-473-40775-9 (rústica), PVP: 25 €

La alquimia tiene sus orígenes en el Egipto grecorromano de los primeros siglos de la era cristiana, y Zósimo de Panópolis, activo entre finales del siglo III y comienzos del IV, es el primer alquimista del que se dispone de alguna información biográfica. El libro de Shannon Grimes está basado en su tesis doctoral y, como ella señala, se enmarca en una ola de revitalización de los estudios académicos sobre la alquimia greco-egipcia que comenzó con el nuevo milenio y que viene a actualizar los trabajos pioneros clásicos de Marcellin Bethelot, Frank Sherwood Taylor, Arthur Hopkins y



Jack Lindsay. Esos estudios se han desarrollado en paralelo con los del Egipto romano abordados desde distintas perspectivas socioeconómicas, políticas, religiosas y artísticas, lo que ha facilitado una contextualización creciente de las actividades alquímicas de la época y de sus protagonistas. Este libro es un excelente ejemplo de esa apertura de los estudios históricos sobre la alquimia hacia un entorno cultural más amplio, con el propósito de comprender mejor su naturaleza y desarrollo a través de su vinculación con la sociedad de la época.

Zósimo fue un egipcio helenizado de la ciudad conocida con el nombre griego de Panopolis, la actual Akhmim, antiguamente Khent-Min o Ipu, en el Alto Egipto, centro del culto del dios de la fertilidad egipcio Min, asociado por los griegos a Pan, de donde deriva el nombre helenizado de la ciudad. Sus escritos

se han conservado junto con otros textos alquímicos greco-egipcios en diversas antologías bizantinas y siríacas. Es probablemente el alquimista más influyente de su época, y ha desempeñado un papel clave tanto en la alquimia árabe como en la occidental cristiana, gracias sobre todo a su concepción de la experimentación de laboratorio como una práctica espiritual, lo que le ha valido que eruditos de la talla de Festugière le califiquen como “padre de la alquimia religiosa”. Sin embargo, en ese elogioso calificativo se encierra también el gran problema con el que se enfrenta todo intento de penetrar en la naturaleza de la alquimia, y este libro no es ajeno a él: si hay una alquimia religiosa, es que debe existir otra que no lo es. ¿Existen acaso dos tipos de alquimia, una de carácter espiritual y otra relacionada solo con prácticas materiales, una suerte de protoquímica?, ¿A qué nos referimos cuando hablamos de alquimia? Grimes aborda con maestría esa problemática en el caso concreto de Zósimo, y lo hace recurriendo al análisis detallado de las fuentes primarias para elaborar una biografía cultural de este alquimista en el contexto del Egipto romano del siglo IV, que entonces constituía una verdadera encrucijada de corrientes filosóficas y espirituales que se interrelacionaban de manera dinámica, un tiempo en el que la religiosidad del Egipto clásico se fundía con la cultura y la filosofía griegas, con el naciente cristianismo y el judaísmo tradicional, para conformar corrientes de pensamiento filosófico-religioso que a la postre han tenido una enorme influencia en la cultura occidental, como el neoplatonismo, el hermetismo y el gnosticismo.

El volumen está estructurado en una introducción, cinco capítulos y un apartado final a modo de resumen y conclusiones. En el primero de ellos, se revisa la concepción convencional de la alquimia greco-egipcia, que solo ve en ella un proyecto para transmutar metales comunes en oro basado en la aplicación de la filosofía griega a las antiguas tradiciones metalúrgicas. Frente a ello, la autora propone que sus raíces se encuentran en las técnicas para colorear objetos metálicos y en particular para elaborar estatuas policromadas desarrolladas por los artesanos de los templos. Su estudio pone también de manifiesto la influencia dominante de las ideas cosmológicas y la religión egipcias en la alquimia de la época, y los intentos de Zósimo de armonizarlas con la tradición filosófica griega. La cultura asociada a los templos es examinada en el segundo capítulo, en el que Zósimo se nos presenta como un sacerdote escriba experto en metalurgia, que interaccionaba con otros profesionales y gremios de artesanos dedicados a las artes de los metales. En el siguiente, revisa en profundidad los aspectos espirituales de la alquimia de Zósimo a la luz de la tradición religiosa egipcia; en el cuarto, analiza las influencias judías y cristianas, sobre todo el gnosticismo, en su obra, en particular en su discusión de los métodos alquímicos “naturales” y “no naturales”, mientras que en el quinto amplía ese análisis de las influencias de diversas corrientes religiosas a la teúrgia y el neoplatonismo, comparando los escritos de Zósimo con los del neoplatónico Iámblico.

La gran virtud de este estudio consiste, en mi opinión, en que pone claramente de manifiesto que la alquimia es ante todo una empresa de carácter espiritual que se lleva a cabo con medios materiales y sustancias que hoy en día se asociarían a la química. Sin embargo, aún subsiste en el libro una apreciación ambivalente de la alquimia, porque no acaba de aclarar exactamente en qué consiste la búsqueda alquímica y qué es lo que la diferencia de las milenarias tradiciones metalúrgicas de Oriente Medio. Este párrafo de la introducción es un ejemplo de esa ambivalencia: “...es algo equivocado pensar en Zósimo como el padre fundador de la alquimia religiosa, porque hay una amplia evidencia de elementos religiosos en las artes metalúrgicas, en la fabricación del vidrio y la elaboración de colorantes de Oriente Medio en las que la “alquimia” tiene sus raíces”. El entrecomillado de la palabra alquimia es de la autora, y parece querer distinguirla así de esas otras artes, pero este lector no acaba de entender qué es entonces lo que diferencia a la alquimia de Zósimo, y con ella la de los restantes alquimistas greco-egipcios, de esas milenarias tradiciones metalúrgicas y de las que se practicaban en los templos asociadas a la elaboración de estatuas de las múltiples divinidades del rico panteón egipcio. Creo que un factor que contribuye a dificultar la consideración de la alquimia como una práctica específicamente distinta de esas artes aplicadas es la resistencia a aceptar que la idea de la posibilidad de transmutar unos metales en otros, en oro en particular, no solo está presente en la obra de Zósimo, sino que constituye un asunto central de su trabajo. Como bien se comenta en el libro, en los textos alquímicos greco-egipcios se encuentran con frecuencia referencias a una sustancia denominada Iōs (en ocasiones, Iōs hace referencia al propio proceso de obtención de esa sustancia) o también

“coral de oro”, de color rojo o violeta, capaz de transmutar los metales en oro, en toda su masa, “teñirlos de oro” en “profundidad”, para distinguir así su actuación sobre los metales de los procedimientos de dorado superficial tan bien conocidos por los artesanos egipcios. Los textos técnicos egipcios del siglo III a.C. recogidos en los papiros de Leiden y Estocolmo evidencian que esos artesanos sabían distinguir perfectamente la plata y el oro de aleaciones cuyo color era similar al de esos dos metales nobles. Esa “tintura” transmutatoria era capaz de “convertir lo que estaba oculto en algo manifiesto”, es decir, que los metales comunes contienen en sí mismos la capacidad de resplandecer como el oro. Grimes considera que ese proceso de transformación y purificación metálica va asociado y es análogo al de transformación y elevación espiritual del propio alquimista, que hace resplandecer la semilla divina que todos llevamos dentro, convirtiéndose así simbólicamente en el “oro” al que hace referencia el título del libro. Habiendo argumentado de manera convincente ese carácter trascendente del proceso, desafortunadamente interpreta el aspecto material en términos de coloración superficial de los metales. Sin embargo, los alquimistas árabes, que fueron los primeros herederos de la tradición alquímica greco-egipcia y bebieron directamente de sus fuentes, sí supieron interpretar correctamente esa referencia a hacer visible lo que está oculto, aunque el libro no hace mención alguna a ello. En efecto, toda la teoría transmutatoria del alquimista más importante del Islam, Jābir ibn-Hayyān (siglos VIII/IX), estudiada por Paul KRAUS (*Jābir ibn-Hayyān: Contribution à l'histoire des idées scientifiques dans l'Islam*, 2 vols., El Cairo, 1942-1943) se basa precisamente en la idea de que todos los metales tienen en común las cuatro cualidades asociadas a los cuatro elementos de la filosofía griega tradicional, el Aire, el Agua, la Tierra y el Fuego, de las que dos son manifiestas y dos están ocultas, mezcladas en diferentes proporciones en metales distintos. Para transmutar uno en otro, hay que conseguir que las cualidades que en uno están ocultas, se manifiesten o “expresen” en el otro, se hagan visibles, y viceversa, aquellas que eran visibles, se oculten. En esa vía alquímica de doble naturaleza, simultáneamente material y espiritual, Zósimo defiende los métodos naturales para preparar esas tinturas metálicas de acuerdo con ritmos estacionales y cósmicos, un trabajo asociado a la purificación progresiva del alma y en línea con las concepciones religiosas de la tradición egipcia, y rechaza enérgicamente los métodos “no naturales” que utilizaban otros alquimistas, que recurrían a la magia para invocar a dáimones con el objetivo de que les ayudasen en su trabajo, malogrando así el alcance espiritual del proceso. Esa insistencia en seguir los pasos de la naturaleza la encontraremos expresada más tarde, y de manera recurrente, en los textos alquímicos de la Europa cristiana, lo que de nuevo pone de relieve la enorme influencia de su obra.

Este libro constituye una aportación fundamental para comprender la verdadera naturaleza de la alquimia tal y como se configuró en el seno de la fascinante sociedad egipcia que la vio nacer. La autora ha tenido un gran acierto al presentar en él un tema complejo de una manera asequible y amena para los lectores no especializados, acompañado sin embargo del necesario aparato crítico y de una bibliografía muy

completa. Una lectura, sin duda, muy recomendable para todos aquellos que se interesan no solo por los orígenes de la alquimia, sino también por la cultura egipcia de los primeros tiempos del cristianismo.

Joaquín Pérez Pariente
jperez@icp.csic.es

Las especias. Historia de una tentación

JACK TURNER

Traducción de Miguel Temprano García. Barcelona, Acanalado, 2018. 511 pp.

ISBN: 978-84-17346-03-4. PVP: 25 €



El contenido de esta obra, perfectamente claro en su título, es, por sí mismo, extraordinariamente atrayente y después, cuando uno se encuentra muy pronto párrafos como el siguiente, quiere avanzar en la obra para intentar asimilarlo: “Puede decirse, sin exagerar demasiado, que los imperios asiáticos de Portugal, Inglaterra y los Países Bajos surgieron de la búsqueda de la canela, el clavo, la pimienta, la nuez moscada y el macis, y algo parecido ocurrió con las Américas” (p. 18).

El autor de esta obra es Jack Turner (Sídney, 1968) y, según reza en la sobrecubierta del libro, es licenciado en Historia Antigua por la Universidad de Melbourne y doctor en Relaciones Internacionales por la de Oxford. La traducción, excelente, es de Miguel Temprano García.

Las especias es una obra que está organizada en cuatro grandes capítulos que tratan de estos productos desde cuatro aspectos: la búsqueda de las especias, el gusto por ellas, su importancia en relación con el cuerpo y su significado espiritual. La obra, subtitulada *Historia de una tentación*, se adorna con varios mapas, reproducciones de grabados botánicos, algunas fotografías, etc.